

- y *Regional de Historia Argentina*, Buenos Aires.
- Ensik, O. L., 1977, "Tropas de carros y diligencias en la provincia de Santa Fe, Proceso histórico", *Academia Nacional de la Historia, Investigaciones y Ensayos* N° 22, Buenos Aires.
- Pons, Adriana, Videla, Oscar R., 1991, "Una corporación frente a la cuestión social: la Bolsa de Comercio de Rosario ante los Conflictos obreros a principios del siglo XX", *Anuario* 15, U.N. de Rosario, Rosario 1991-1992.
- Río, Manuel y Achával, Luis, 1905, *Geografía de la provincia de Córdoba*, Buenos Aires.
- Vera de Flachs, Cristina. y Riquelme de Lobos, Norma, 1977, *Medio siglo de Agricultura en Córdoba 1860-1914*. Córdoba.

ABREVIATURAS UTILIZADAS

- A.H.P.C.= Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba.
- A.G.P.C.= Archivo de Gobierno de la Provincia de Córdoba.
- A.H.M.C.= Archivo Histórico de la Municipalidad de Córdoba.

VIDA COTIDIANA EN ÉPOCA DE CONTINUIDADES Y RUPTURAS. LOS TABACALEROS Y TEXTILEROS EN LA CIUDAD DE MÉXICO.

Hilda Iparraguirre*

La ciudad de México, uno de los centros de abasto y comercio más importantes y populosos de América en el siglo XVIII, conservaba en el XIX muchas de sus características y costumbres y por supuesto, rasgos de su cultura y cotidianeidad, sobre todo entre los diversos sectores populares y trabajadores a quienes no alcanzó ni influyó, posiblemente ni llegaron a conocer, el discurso liberal decimonónico independentista y posindependentista. El pretendido paso de México a un estado burgués no se realizó en el siglo XIX, o por lo menos no completamente; fue imperfecto y desigual según las regiones, sobre todo en las estructuras psicosociales (aunque las jurídicas, como la Constitución de 1857, por ejemplo, si fueron consolidadas). En esta época, cuando se está gestando un proceso de nación, la identificación nación-estado, no es tal. Las respuestas de las diversas clases, de los diversos medios, dirigentes o no y de los grupos regionales fueron muy heterogéneas.

A pesar de los intentos de centralización y modernización borbónicas llevados a cabo en el siglo XVIII, en el último período colonial, y hasta algunos progresos materiales, demográficos y económicos, la crisis y agitaciones posindependentistas multiplicaron e hicieron estallar las contradicciones internas heredadas del orden novohispano. La constitución liberal y moderna de 1857 coexistió con un sector campesino tradicionalista, un clero antiliberal y el caos económico. En la segunda mitad del siglo XIX, comenzó la modernización jurídica y administrativa, el proceso de desamortización de las propiedades eclesiásticas y comunales, fundamentos de una nación y estado burgués que no afectaron al conjunto del territorio y de la población de un modo coherente y uniforme. Como fenómeno social se dio tanto un rechazo al capitalismo liberal e individualista, como un reforzamiento de las tradiciones comunitarias, morales y religiosas populares.

Vida cotidiana, mujer y familia, temas muchas veces escamoteados de la historiografía oficial y tradicional, salen a la palestra entrelazados cuando hablamos de cultura, una de las principales áreas de la historia social en la actualidad. Así aparecieron, en nuestros intentos de comprensión del proceso for-

* Escuela Nacional de Antropología e Historia México

mativo de la clase obrera mexicana mentalidades, géneros, representaciones, que reclamaron nuestra atención tanto como los procesos productivos, de trabajo, etc. Lo que aquí presentamos es una muestra de lo anteriormente expuesto.

De este modo, nos enfrentamos a los estudios de familia, valioso indicador de pautas culturales y productivas cotidianas. Su estudio y comprensión son fundamentales, aunque no exentos de problemas. Es necesario un minucioso trabajo, aun en el caso de que se trate de una sola comunidad. Existen divergencias en la forma de abordarlo, aun sobre las preguntas a formular. En primer lugar está el problema de la diversidad; a lo largo de la historia de México no hay ni ha habido un sistema familiar único, según las épocas, regiones, diferentes grupos étnicos, sociales y productivos, la diversidad de las formas y funciones familiares es muy grande. Lo que es hoy la nación mexicana siempre se ha caracterizado por la diversidad de las formas y funciones familiares y por las actitudes hacia las relaciones familiares, a lo largo del tiempo y en un momento concreto. Las familias campesinas y de los distintos grupos y comunidades étnicas, siempre se han diferenciado notablemente de las comerciantes y las artesanales y obreras de las aristocráticas. Incluso se pueden detectar diferencias entre comunidades vecinas, o en determinados grupos al interior de las mismas comunidades.

Todo ello mucho más pronunciado tratándose de una época de transición, de continuidades y rupturas, como es el período que hoy nos ocupa. El siglo XIX mexicano se caracterizó por un largo transitar a la modernidad, de un sistema colonial ilustrado a otro independiente y liberal, de un orden productivo donde predominaban las formas hacendarias y artesanales controladas por el capital comercial, a otro industrializador de fines de siglo y comienzos del XX. Así apreciamos que el confinamiento de la mujer al seno del hogar, típico del discurso burgués occidental, en general, no era tal a lo largo del siglo XVIII. Los relatos de la época nos hablan con toda naturalidad de "la multitud de señoras, que unas tapadas y otras a cara descubierta van a gozar del tráfago y delicia, que hasta más de las nueve de la noche ofrece aquel delicioso país" (el centro de la ciudad de México). Igualmente describen las diversas funciones por ellas asumidas como jefas de familia, frente a hogares de beneficencia, hospitales, hospicios etc.¹ Más común aun es la dedicación de las mujeres al comercio, tanto sean las tamaleras como "las cocineras que preparan distintas viandas para almuerzo a la multitud de gente que esta plaza trafican".²

¹ Juan de Vieira, *Breve y compendiosa narración de la ciudad de México*, versión facsimilar de la obra del mismo nombre publicada en 1777, Instituto Mora, México, 1992, pág.9.

² *Ibidem*.

Aspecto al que también hace referencia Vieira, aunque rápidamente, entre la descripción de una iglesia y otra, son el estanco y las fábricas de tabaco, dónde, comenta con naturalidad, se observa el constante ir y venir de hombres y mujeres a laborar³. Este sector, en especial la familia de los tabaqueros y tabaqueras, así como las de los trabajadores textiles, de gran tradición y arraigo colonial, fueron a nuestro juicio, los que manifestaron mayores continuidades en su cotidianeidad en el largo transitar a la modernidad decimonónica. Así, fenómenos de larga duración como las solidaridades seculares, las particularidades de lenguas y costumbres, mentalidades populares, etc., se encontraron con el proceso industrializador y el tránsito a la proletarianización de numerosos sectores artesanales y campesinos.

La familia, pilar de la sociedad y el trabajo al seno de la misma, son valiosos indicadores de pautas culturales y productivas que permanecieron y aun se trasladaron a las fábricas en los comienzos del proceso industrializador mexicano de mediados del siglo XIX y las primeras décadas del XX. En general, aunque a veces se carezca de mayor información sobre las condiciones laborales y de vida de las mujeres que trabajaban en los talleres artesanales de la ciudad de México en la segunda mitad del siglo XVIII, sabemos que este trabajo si existió, además de las tareas domésticas por ellas desempeñadas, y que eran realizados en situación de subordinación y sometimiento: "vivía la mujer soltera sometida siempre a la autoridad paternal o a una tutela desempeñada siempre por el mayor de sus hermanos varones o por el más próximo de sus otros parientes. El matrimonio, única causa de emancipación familiar, la liberaba de estas estrechas redes, pero la hacía caer dentro de la órbita de un nuevo poder tan acusado como el primero. Sólo el estado de viudez permite a la mujer gozar de su plena capacidad civil".⁴ El trabajo femenino continuó existiendo en el XIX, casi en las mismas condiciones del siglo anterior, estrechamente ligado a la cotidianeidad familiar y productiva. En la transición a una sociedad capitalista se van incorporando paulatinamente, a veces muy lentamente, las innovaciones tecnológicas, con más razón la cultura, mentalidades y costumbres, tradiciones y lo que de manera amplia podemos denominar las estructuras mentales, mismas que como ya insistiera hace años Pierre Vilar⁵, observan un ritmo mucho más lento, ciclos de mayor duración que las productivas, por ejemplo.

Característica de la cotidianeidad familiar y productiva de la mujer de origen

³ Vieira, op. cit. pp. 93

⁴ Entre otros, véase Manuel Carrera Stampa, *Los gremios mexicanos*, Ediapsa 1959, Jorge González Angulo, *Artesanado y ciudad a finales del siglo XVIII*, SEP 80 FCE. 1983, la extensa obra de María Amparo Ross, etc.

⁵ Pierre Vilar *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Crítica Grijalbo, Barcelona, 1980, Cap. II, pp. 49.

artesanal, es una marcada situación de subordinación por el acendrado paternalismo de su cultura que también es dable observar en el conjunto de la sociedad novohispana y decimonónica de la ciudad de México. El maestro artesano era el jefe de la familia y del taller. De él dependían la mujer y los hijos menores de edad así como los oficiales y aprendices. En el caso de las cigarreras, esta situación, que también significaba remuneraciones mucho menores, trasciende en el siglo XIX al estanco y a las fábricas de tabaco. Las operarias y operarios de la industria cigarrera al ser trasladados de los pequeños talleres a la fábrica llevaron consigo un cúmulo de saberes, hábitos, jerarquías interiorizadas y por supuesto una cultura y una identidad estructuradas de acuerdo a las tradiciones artesanales. La fábrica porfirista mantuvo en muchos aspectos una organización del proceso de trabajo muy semejante al taller, lo que permitió que los industriales tabaqueros combinaran mecanismos de control tradicionales, con nuevas formas de dominio. En tanto se mantuvieron las jerarquías artesanales y el pago a destajo, también los fabricantes tuvieron la necesidad de inculcar entre sus trabajadores nuevos hábitos relacionados con el mundo fabril: disciplina, puntualidad, constancia, productividad, ahorro y, en general, valores éticos de una concepción laica y capitalista del trabajo.⁶

Tal situación trasciende a las organizaciones de trabajadores, donde las operarias mujeres no son admitidas, y aun a la prensa que fue adquiriendo caracteres clasistas, como *La Convención Radical Obrera* y *El Socialista*, donde son tratadas en 1887 y 1889 de *pobres obreras* y *pobres cigarreras*, en una posición de fragilidad que requiere la intervención indispensable de alguien con mayor fuerza y capacidad que ellas y les proporcione la protección y solución a sus problemas que las "fabricantas" requieren, papel que tendría que desempeñar algún varón u organización controlada por ellos.⁷

Otra característica de la vida cotidiana, la organización, el trabajo y las diversiones de esta época de transición fueron la fluctuación y combinación constantes entre lo religioso y lo laico. En la construcción de un nuevo imaginario también se observan contradicciones entre los propios trabajadores, mismas que emergieron en la vida cotidiana, tanto al interior como al exterior de la fábrica. Las creencias religiosas católicas y en particular el culto por la virgen de Guadalupe, se alternaban y coexistían con las ideas liberales, protestantes, socialistas y anarco sindicalistas. Con la creación de la nación mexi-

⁶ Cfr. Ana María Saloma, *Reflexiones sobre el culto mariano entre las trabajadoras cigarreras de la ciudad de México durante el porfiriato*, mecanoescrito, ENAH, 1998.

⁷ La Convención Radical Obrera; números 62, 1887 y 258, 1889, citadas por Ana María Saloma, en *Las fabricantas en el porfiriato. Un recuento historiográfico del movimiento de las mujeres obreras*, ponencia al Primer Congreso Nacional de Ciencias Sociales, COMEC-SO, abril de 1999.

cana como estado nacional moderno, los trabajadores varones encontraron elementos que les podían equiparar con la población masculina dominante: la ciudadanía. La posesión de esta nueva categoría jurídica dotó a los trabajadores de la posibilidad de acceder teóricamente a la igualdad, y por lo tanto a la justicia. Gerardo Necochea nos proporciona una visión de como va evolucionando, entre lo religioso y lo laico, el concepto trabajo entre 1780 y 1910 en autores, que aun desde distintas perspectivas ideológicas, escribían preocupados por las condiciones sociales y por la dirección que debía tomar su sociedad. El proceso intelectual del período que desemboca en el "pensamiento social católico y las variedades del liberalismo del siglo XX muestra el empeño puesto en que la idea de trabajo legitime el ideal de sociedad". Durante el mismo se observan notorias rupturas, "pero, por esa misma razón las continuidades son más significativas".⁸

Sin embargo, la población femenina de la naciente república quedó excluida del privilegio de la ciudadanía y por lo tanto continuaron en situación de subordinación y desigualdad. Frente a esta situación, las mujeres en general y las trabajadoras en particular, debieron buscar los elementos que les permitieran construir su identidad en la nueva nación y esta construcción la encontraron en un elemento tradicional: la religión y el culto mariano. Nuevamente son las cigarreras y las formas de organización que adoptaron, las que nos brindan información al respecto. Aunque desde el siglo XVIII formaban parte de las asociaciones y cofradías de tabacaleros, cotizaban y gozaban de sus beneficios, las trabajadoras mujeres estaban excluidas del desempeño de puestos directivos y hasta del trabajo de supervisión de los enfermos y los muertos, como fue el caso en la *Concordia de San Isidro Labrador*, donde tenían espacios diferenciados, por lo general de subordinación. En el siglo XIX esta situación se agudizó e incluso se llegó a la separación e impedimento del ingreso a las mujeres a las nuevas organizaciones creadas por los tabaqueros varones tales los casos de la *Mutualista* y de *Resistencia del Ramo del Tabaco*, en la segunda mitad del siglo XIX, o la *Federación Nacional de Sindicatos de Obreros Tabaqueros*, en 1927. Así las trabajadoras cigarreras fundaron durante el porfiriato, en 1887, una sociedad mutualista, *Las Hijas del Trabajo*⁹, a través de la cual pretendían atender tanto a sus problemas laborales y salariales, relaciones de poder, de parentesco sanguíneo o ritual dentro de la fábrica, como a aspectos de la vida cotidiana (donde dejar a sus hijos pequeños durante las largas jornadas de trabajo, entre diez y doce horas diarias, durante seis días a la semana, por ejemplo), fuera de ella, la salud y la muerte misma.

⁸ Gerardo Necochea Gracia, *La idea de trabajo y su secularización, 1780-1910*, en *Revista Taller*, Vol. 1 N°2, Bs. As. Argentina, Noviembre 1996, pág.35

⁹ Agradezco a Ana María Saloma el que me proporcionara la documentación

Pero lo que aquí nos interesa destacar son las características paternalistas, laicas y religiosas de la citada organización. En primer lugar, *Las Hijas del Trabajo*, en la práctica era conducida por hombres provenientes de la clase media y el artesanado vinculados al orden porfiriano (al respecto es necesario recordar la condición de inferioridad jurídica de la mujer a quien no se le reconocía la ciudadanía por lo cual quedaba inhabilitada para el desempeño de ciertos cargos públicos y ante los tribunales) y recurren al apoyo y aprobación de sectores hegemónicos de la sociedad como la Sociedad de Damas de Beneficencia y hasta a la propia esposa del presidente Porfirio Díaz, Doña Carmen Romero Rubio. La Junta Provisional estaba conformada, entre otras, por Manuela Arango de Carrillo (esposa del General Hermenegildo Arango) como Presidenta Honoraria y Protectora y Vice Presidenta Honoraria Josefina Bros de Riva Palacio. La preocupación era lograr la aceptación de la sociedad porfirista.

En segundo lugar, *Las Hijas del Trabajo* recurrieron a la Iglesia y la advocación de la Virgen de Guadalupe. Así, la ceremonia de inauguración de la nueva organización transcurre en un ir y venir de la casa de Doña Carmelita a la Iglesia de San Cosme y la bendición del estandarte cuidadosamente bordado con la imagen guadalupana. Los sectores populares y trabajadores participaban con sumo agrado y convencimiento tanto en los rituales religiosos como en los cívicos, donde se mezclaban procesiones, paseos de insignias, discursos laicos y católicos, repicar de campanas y acompañamiento de música profana. Estas ceremonias formaron parte de la cultura de los trabajadores de la época, formas de lograr cohesión, mantener una identidad, orgullo y respeto del resto de la sociedad.¹⁰ Tal fue el caso de las cigarreras y del discurso por ellas elaborado: complejo, contradictorio, ambiguo; coherente con las condiciones específicas con las que contaban y con el concepto del deber ser femenino porfiriano: madres, esposas y amas de casa.

La experiencia de los trabajadores textiles del valle de México constituye otro valioso ejemplo de las persistencias productivas y cotidianas coloniales y de los cambios que se dieron en la transición al nuevo orden independiente, liberal e industrializador mexicano del siglo XIX.

Como transitaron los hombres, las mujeres y la familia artesanal en su conjunto, de los talleres coloniales del Siglo XVIII de los que nos habla Vieira, cuando dice, sobre todo de ciertos barrios de la ciudad (San Pablo y La Candelaria) "cada casa es un obrador", "...donde se fabrican bayetas y frazadas, en las que se entretiene muchísima gente trabajando en los telares que hay de ropas de algodón"¹¹, a los primeros establecimientos fabriles del Valle de

¹⁰ Ana M. Saloma comunicación al 5º Congreso del Doctorado en Antropología, enero de 1999.

¹¹ Vieira, op. cit. pp. 93.

México, es también revelador de estos procesos. En la primera mitad del siglo XIX la ciudad continuaba caracterizándose por la existencia de pequeños talleres de artesanos. La mayoría de las unidades productivas eran pequeños talleres trabajados por sus propios dueños; el artesano aportaba su trabajo y a veces sus herramientas y elaboraba, generalmente a destajo, un número determinado de piezas por encargo de los comerciantes quienes además controlaban la producción y transporte del algodón para asegurar el flujo de la materia prima.¹² En 1862 se registraron 19.347 establecimientos de los cuales 10.031 estaban relacionados con la producción textil, en general controlados y subordinados por el capital comercial, pero conservando hacia el interior la forma de trabajo artesanal, es decir con la participación de toda la familia sometida a la autoridad patriarcal del maestro. Las mujeres se dedicaban fundamentalmente a la producción de hilos e hilazas.

A mediados del siglo XIX el impulso industrializador mundial y local, conjuntamente con el capital extranjero y nacional de origen comercial, especulativo y a veces hacendario, determinaron que en el Valle de México, fundamentalmente en el Municipio de San Angel, que reunía las condiciones necesarias, clima, hidrografía, comunicaciones y mano de obra abundantes; se establecieran seis fábricas de hilados y tejidos: La Magdalena, El Aguila, La Hormiga, El Batancito de Sierra, Santa Teresa y La Alpina.¹³ Estas fábricas, a la vez que implantaron nuevas formas de organización del trabajo y tecnología moderna para la época, emplearon e incorporaron numerosa mano de obra de origen artesanal. Consigno los dos verbos, emplear e incorporar, porque las nuevas fábricas no sólo incorporaron a los trabajadores a los establecimientos fabriles, sino que emplearon mucho el trabajo a domicilio, es decir, algo que a nosotros nos interesa rescatar particularmente en este escrito. La misma coyuntura que favoreció el impulso industrializador, permitió la supervivencia de gran cantidad de talleres artesanales que proveían y/o complementaban a las fábricas¹⁴ y dónde persistieron, obviamente, la misma organización del trabajo, la familia como núcleo de producción, consumo y vivienda y, por supuesto, el mismo paternalismo y cotidianeidad.

Más interesante aun resulta el traslado de estas pautas productivas y culturales del taller a la fábrica. Aunque las fábricas entrañaron, además por supuesto del aumento de la producción, un buen número de cambios, en primer lugar el reunir bajo un mismo techo varias faces del proceso productivo y el

¹² Mario Camarena Ocampo, *Formas y Formación: Historia Social de los Obreros Textiles de San Angel. 1850-43*. Borrador de Tesis de Doctorado en Antropología, ENAH, México, 1998.

¹³ Ib.

¹⁴ Juan Carlos Grosso, *Estructura productiva y fuerza de trabajo. Puebla 1830-1890*. Cuadernos de la Casa Presno. Universidad Autónoma de Puebla, México, 1984.

control mayor sobre la fuerza de trabajo. La incorporación de mano de obra de origen artesanal significó no sólo su incidencia en el proceso de trabajo, también implicó formas de resistencia a un nuevo orden de cosas, como fue la pérdida del control total del proceso productivo (elemento fundamental de la lógica y cultura artesanal) la autoridad patriarcal, liderazgo político e ideológico, etc..

Sin embargo, los maestros artesanos no sólo continuaron organizando el trabajo en las primeras fábricas, incorporaron a ellas a sus familias, fundamentalmente las mujeres, pues las hilanderas fueron las primeras desplazadas en la competencia por la productividad. Al igual que en el taller doméstico, la familia era la unidad básica de la organización de los trabajadores en la fábrica; en la misma situación de subordinación, cantidad de mujeres y niños laboraban en ellas utilizados en la preparación del hilado y tejido. Tanto unas como otros no eran admitidos sin el aval de algún adulto, las solteras debían ir acompañadas de un familiar, los reglamentos consignaban: "las mujeres no serán admitidas en las fábricas no yendo en compañía de sus padres o hermanos, ni a las casadas, no trabajando en la fábrica el marido a menos que sea en alguna faena o necesidad propia de su ejercicio".¹⁵ Las labores que desarrollaban eran poco creativas, monótonas y repetitivas.¹⁶

También los maestros artesanos fueron los encargados de la selección y contratación del resto de la mano de obra, generalmente entre la parentela, consaguinea o ritual, los paisanos de un pueblo o municipio. Asimismo determinaban bajo qué reglas debía realizarse el trabajo, turnos y hasta los montos salariales que correspondían a cada quien. Todo ello llevó al reforzamiento o creación de nuevos vínculos de reconocimientos y lealtades, dentro y fuera de la fábrica. A la vez les permitió ser los interlocutores de los empresarios e intermediarios entre éstos y los trabajadores en general. Aunque no siempre fue así, se suponía que los maestros debían evitar los intentos de los empresarios de subir las cuotas de producción e incumplir las normas laborales; antes por el contrario, había quienes y ocasiones en que se esforzaban por aumentarlas y de la forma más perfecta posible, en ese sentido es necesario recordar el secular orgullo artesanal ante el dominio del oficio y la eficiencia demostrada en su quehacer. Tampoco faltaron los maestros que se aprovecharon de su posición para medrar y cometer abusos en contra de los trabajadores, es especial si de mujeres se trataba. Tal situación les llevó a jugar un papel político e ideológico, muchas veces contradictorio, al seno de las mutualidades, las nuevas organizaciones y publicaciones ya más de carácter clasista que comenzaban a surgir, y de la sociedad en su conjunto.

¹⁵ ib. Cit. por M. Camarena op. cit, pág.78.

¹⁶ ib. pág.79.

Decíamos un papel e influencia contradictorios, típicos de un período de transición como el que nos ocupa, porque por un lado, algunos adquirieron y desarrollaron una mentalidad e ideología más cercana a los intereses de la nueva burguesía empresarial en formación, proceso ya estudiado por nosotros¹⁷ y por el otro fueron los aceleradores y defensores de una toma de conciencia ciudadana y clasista de los trabajadores, estudiado por Mario Camarena, entre otros.¹⁸ Muchos fueron los artesanos intelectuales e ideólogos de la nueva clase en formación a lo que también contribuyó el grado de alfabetización que poseían, una de las premisas fundamentales de las mutualidades y organizaciones por ellos lideradas. En tanto algunos continuaron aferrados a una gran religiosidad católica-guadalupana, conmemorando festividades religiosas y santos patronos, otros fueron los impulsores del protestantismo, el liberalismo y toda una forma de pensar en términos de igualdad y libertad y hasta se les asoció con el anticlericalismo y el ateísmo. Tal reputación data incluso desde antes de su ingreso a las fábricas y por consiguiente del comienzo y/o resistencia a la proletarización.¹⁹

Otro aspecto que acompañó y contribuye a esclarecer la instalación de las fábricas textiles en el Municipio de San Angel, es el proceso de urbanización que implicaron. Cómo la gente va transitando de una cotidianidad rural a una urbana. El Municipio de San Angel era una zona eminentemente rural, atravesada por ríos, numerosos manantiales que los alimentaban, escurrimientos naturales de los cerros y zanjas para regadío de haciendas y ranchos. Las memorias costumbristas lo describen, entre románticas y nostálgicas, en términos de grandes vergeles, huertos, aguas cristalinas, enormes lomerías que hacían pintoresco al paisaje, verdes milpas y riquísimos trigales. Contaba con numerosos montes, poblados de oyameles, pinos, madroños, ocotes, y otras variedades de arbustos que atraen una copiosa precipitación pluvial que enriquece los ríos y hace el suelo muy fértil. En los acantilados se formaban cañadas en cuya cima existían barrancas profundas e impresionantes, por donde corrían las aguas cristalinas que al desembocar en el río Magdalena, formaban cascadas o remansos. Sus habitantes aprovechaban de los cerros la vegetación con uso medicinal, y en las huertas se producía fundamentalmente maíz, cebada, flores y frutas como tejocotes, manzanas, peras, aguacates, higos, castañas, cereza, ciruelas, frambuesa y toda variedad de frutos de clima

¹⁷ Hilda Iparraguirre, *Cuadros medios de origen artesanal - maestros, capataces y encargados- en el proceso de industrialización y proletarización en México en la segunda mitad del Siglo XIX y primeras décadas del XX*, en Cuicuilco, Nueva Época, Vol. 2, N°4, mayo/agosto 1995, pp.45.

¹⁸ Mario Camarena Ocampo, *Los trabajadores en búsqueda de la ciudadanía*, en *ibidem*, pp. 65.

¹⁹ Mario Camarena, Borrador de Tesis de Doctorado, op. cit., pp. 23 y 24..

frío. Las flores eran gladiolas, clavel, tulipán, iris, azucena, rosas y muchas más...²⁰ Paulatinamente fueron apareciendo las chimeneas de las fábricas que dependían de los recursos naturales para su producción y continuidad, el agua de los ríos y la almacenada en la época de lluvias era determinante para lograr la combustión de sus motores. Las empresas se instalaron en las orillas del río de la Magdalena, apropiándose del agua necesaria para el movimiento de esa colosal rueda hidráulica que medía 25 metros de diámetro y generaba energía para la fábrica La Magdalena²¹, luego fueron las otras factorías. Así el agua se fue transformando en motivo de preocupación tanto para los lugareños como para los empresarios fabriles. La madera, indispensable para la combustión, ocasionó la tala y desaparición de los bosques. Los pobladores desplazados de sus campos adquirieron una movilidad que fue aprovechada por los nuevos fabricantes. Hacia 1856, la mayoría de la gente del Municipio tenían un modo de vida mixto, eran jornaleros que se contrataban tanto en las tareas rurales como las industriales, yendo constantemente de un lugar a otro, de las haciendas a las fábricas y viceversa, situación que prevalece hasta la década de 1910: al no requerir mano de obra altamente especializada, ésta, de origen campesino, podía ser adaptada a los requerimientos de la producción fabril. Otro factor de urbanización de la región lo constituyeron las comunicaciones y la ruptura del aislamiento. Se facilitaron los accesos en el interior de la región, comunicando unas con otras a todas sus empresas, quedando articulada toda la zona industrial por el ferrocarril. La ciudad de México, que como decíamos al comienzo era desde la época colonial, el mercado más grande por su concentración de población, se encontraba a 20 kilómetros de San Ángel, distancia que se cubría en tres horas por camino de terracería. Este tiempo se vio acortado en 1867 a una hora y veinte minutos con la instalación del ferrocarril y varios puentes en Barranca del Muerto y Guadalupe Inn. En 1900 se construyó la línea de tranvías eléctricos, conocida popularmente como "el rápido de San Ángel", que hacía el recorrido en tan solo media hora, lo que favoreció el movimiento e intercambio de personas y mercancías.²² No sólo fue el trajín fabril y comercial lo que se intensificó, también lo hicieron las diversiones y otros tipos de entretenimientos; las fiestas de San Ángel, como la del Santo Patrón de Contreras, los paseos al Cabrío y a la Cascada de Tizapán entre otras, se hicieron accesibles por medio del tran-

²⁰ Guillermo Prieto, *Memoria de mis tiempos*, citado por Mario Camarena en *Borrador de Tesis*, op. cit....pág.37, Antonio García Cubas, *Geografía e Historia del Distrito Federal*, Imprenta Murguía, México 1894, reproducción facsimilar, Instituto Mora, México 1997, y otros.

²¹ Mario Camarena, *Borrador de Tesis*, op. cit.

²² *Ib.*, pág.40.

via.²³ Además de los bailes públicos aparecieron algunos teatros y uniones deportivas impulsadas fundamentalmente por las Sociedades Mutuales.

Más adelante, hacia finales de siglo y primeros años del XX, la modernización de las fábricas, la construcción de bodegas para almacenar materias primas y mercancías, la instalación de la electricidad como fuerza motriz y plantas propias de luz permitieron intensificar el trabajo de los obreros y hacerlos más productivos, a la par que se incorporaba más mano de obra. Todo ello determinó la transformación de la sociedad de San Ángel después de 1900, se acentuó el proceso de urbanización, alcanzando una madurez fabril y constituyéndose en polo de atracción para campesinos y artesanos "fuereños". Se dio una fuerte articulación entre dos sectores: el fabril y el campesino, donde los lugareños transformaron sus formas ocupacionales y fueron empujados al mercado laboral, lo que conjuntamente a la migración constante de otras regiones representó un choque con la cultura agraria y artesanal. El crecimiento industrial involucró a diferentes operarios fabriles de primera generación, en esta primera etapa industrializadora la movilidad de los trabajadores fue uno de los elementos que los definió como clase. A partir de 1900 ya se observa la existencia de obreros de segunda generación, mismos que tuvieron sus raíces en el mundo fabril y obtuvieron su permanencia laboral hacia la década de los 20. Para muchos la decisión de migrar al empleo fabril fue familiar, para otros individual. Los lugareños fueron transformando muy lentamente sus hábitos culturales, lo hicieron aun antes de entrar a la industria textil, en la edificación de las fábricas, canales, tanques, etc.. A partir de 1871 comenzó la migración de artesanos de otros municipios, especialmente desde la ciudad de México, lugar como lo habíamos visto más arriba, de gran concentración artesanal. También San Ángel fue polo de atracción hacia el centro del país para la gente de lugares lejanos, así mostró un crecimiento demográfico acelerado durante la segunda mitad del XIX. En 1857 contaba con 7,329 almas y en 1895 con 15.478; aunque no fue homogénea en todos los pueblos del municipio, experimentó una acelerada concentración de población. Al principio el flujo continuo de trabajadores del campo mantuvo frescas las tradiciones y comportamientos rurales, formas de vestir, hablar, preparar los alimentos y relacionarse unos con otros²⁴, también se daba el ausentismo en determinadas épocas del año (de siembra y de cosecha, fundamentalmente), es decir, eran trabajadores que combinaban el telar con el azadón.

Hacia fines del siglo XIX grupos de trabajadores, a los que ya se podría llamar de segunda generación fueron adoptando sentido capitalista, disciplina

²³ *Ib.* nota 53, pág. 40.

²⁴ *Ib.*, pág.71

fabril y buscaron permanencia laboral; también comenzaron a darse los matrimonios con los habitantes de la región lo que se manifestó en la formación de colonias y pueblos fabriles. Por otro lado, para asegurar la permanencia y el control de la mano de obra, los empresarios optaron por la construcción de casas habitación para sus trabajadores. Todo ello demandó la aparición de diversos establecimientos comerciales, además de las tiendas de raya que continuaron operando en muchas fábricas, que satisficieran las necesidades de los trabajadores y sus familias. Así, carpinterías, herrerías, tiendas, tocinerías, cantinas, burdeles, materiales para la construcción, boticas, capillas e iglesias y la creación de escuelas primarias, fueron completando el entramado urbano que había comenzado la instalación de las fábricas, el aumento demográfico, las comunicaciones y la energía eléctrica.

Como bien afirma Ruggiero Romano²⁵ el problema de establecer si estamos o no ante la presencia de una ciudad, no puede medirse sólo en términos cuantitativos, es decir, por el número de los habitantes que concentra, muy importante por cierto, pero no suficiente. También cuentan las características principales de una ciudad, su entramado, la relación y tránsito campo-ciudad. La instalación de una estructura administrativa y gobierno municipal, funciones judiciales (jueces auxiliares, juez de paz, prefecto de distrito, policía, etc.), predominio campesino, artesanal o comercial, integración productiva y comercial, producto de un proceso industrializador, es decir, la instalación de una red urbana.

De esta forma, como decíamos al comienzo, hablar de la cotidianeidad de los trabajadores en la ciudad de México en el siglo XIX, nos ha conducido a la familia, el trabajo, la religiosidad, la urbanización; las permanencias y los cambios. De cómo la ruptura del trato paternalista y el cambio de familiar a asalariado, al igual que el operado en la concepción religiosa del trabajo y de la sociedad misma, a otra de carácter laico y capitalista, fue un proceso bastante lento que se llevó casi un siglo. Ello a su vez, nos ha llevado a tocar un problema fundamental de la investigación histórica cual es el de la transición de un sistema a otro. La transición representa un punto clave en la evolución histórica²⁶ y contribuir a su esclarecimiento en nuestros países puede resultar un importante aporte de la historia social al conocimiento histórico hispanoamericano.

²⁵ Ruggiero Romano, *Sobre algunos grandes temas historiográficos*, en *Antología de un Historiador*, Instituto Mora, México, 1998, pág. 118.

²⁶ *ib.* pág. 113

Silvia Romano* *

“Córdoba forma una especie de centro de comunicación entre las provincias de arriba y Buenos Aires. Sus frutos y productos, que consisten especialmente en cueros y lana, se remiten todos a la capital, de donde se recibe en retorno artefactos y efectos europeos, que después despacha para las provincias de arriba”.

W. Parish, 1838 ¹

El presente artículo aborda aspectos de los intercambios comerciales mantenidos por Córdoba en el período 1820/55, en el marco del nuevo sistema de relaciones con el mundo exterior y del reordenamiento de los circuitos mercantiles configurados tras la crisis del orden colonial. El propósito es examinar la capacidad de respuesta o de adecuación de las producciones cordobesas a los cambios producidos en los mercados, respondiendo algunas preguntas y planteando otras. Por ejemplo, sobre la incidencia de los precios en la composición y el volumen de las exportaciones y sobre las estrategias para revertir un balance comercial deficitario. A partir del diálogo con otros autores revisamos el carácter del vuelco de la economía exportadora de Córdoba hacia el Atlántico², y re-examinamos el supuesto de la doble orientación de sus exportaciones (hacia Chile y Bolivia y hacia el Atlántico) que se sustentaría

* Este texto retoma una parte del capítulo V («El intercambio regional y el sector mercantil de Córdoba»), de mi tesis de doctorado, *Economía y Sociedad en Córdoba. Grupos dominantes y poder político. 1830/1855*, Universidad Nacional de Córdoba, 1993; defendida y aprobada en 1994. Fue discutido en el Simposio “Circuitos mercantiles y economía regional, siglo XIX” de las XV Jornadas de Historia Económica, Tandil, 9/11 de octubre de 1996. La autora agradece los oportunos comentarios y sugerencias de Hilda Sabato, José Carlos Chiaramonte y Juan Carlos Garavaglia sobre versiones previas.

** Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades (CIFYH), Universidad Nacional de Córdoba.

¹ W. Parish, *Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata, desde su descubrimiento y conquista por los españoles*, Hachette, Bs. As., 1958, p. 375.

² Sostenido originalmente por Carlos S. Assadourian en su estudio sobre “El sector exportador de una economía regional del interior argentino. Córdoba, 1800-1860”, México, 1983, p. 366.